

PQ 6570

.T2 H5

Copy 1

0
5

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

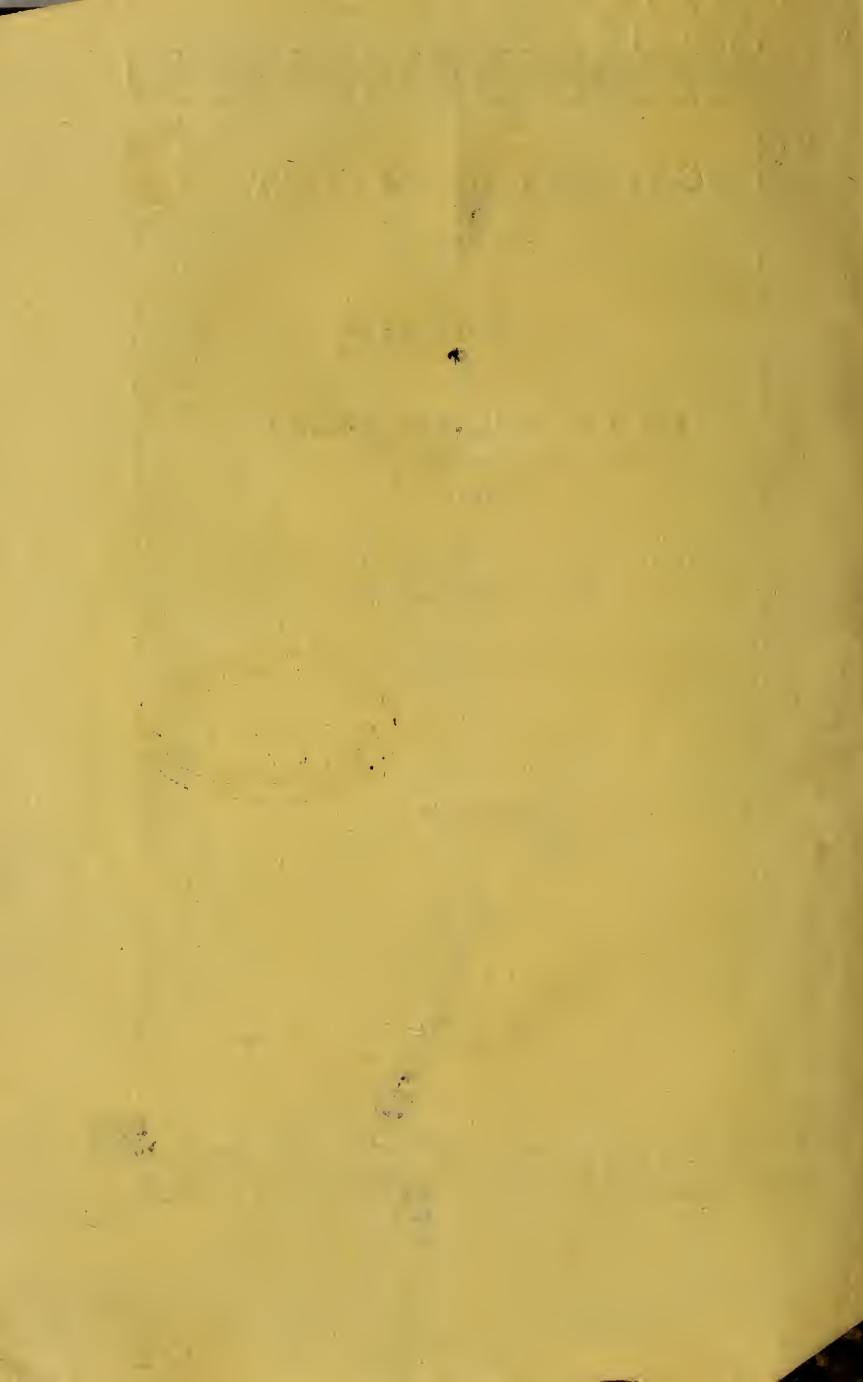
DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

**TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y
DEL ESTRANERO.**

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.



EL HIJO PREDILECTO,

ó

LA PARCIALIDAD DE UNA MADRE,

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

Don Eugenio de Tapia.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1859.

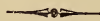
PERSONAS.

PQ6570
.T2 H5

DÓN FERNANDO , *caballero sevillano.*
DON VALERIO. . . } *Hijos de don Fernando.*
DON SERAFIN. . . }
DON LORENZO , *hacendado rico y noble de Sevilla.*
DON JUDAS , *escribano.*
PASCUAL , *mayordomo de don Fernando.*
DOÑA ENCARNACION , *muger de don Fernando.*
DOÑA ISABEL , *hija de don Lorenzo.*
BLASA , *muger de Pascual.*
ELENA , *criada de doña Encarnacion.*



El teatro representa en los tres primeros actos la sala de un cortijo en las inmediaciones de Sevilla , con tres puertas , una en medio y dos á los lados. En la sala habrá un balcon que mira al campo.



Esta comedia es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

199181
1913



ACTO PRIMERO.



ESCENA PRIMERA.

PASCUAL y BLASA.

Blasa. Mucho me temo, Pascual,
que no salgan segun piensas
tus cálculos, y paguemos
bien caro las diligencias
que estás haciendo. Te metes
en laberintos; arriesgas
la plaza de mayordomo,
que nos da segura renta,
y haces muy mal: te lo he dicho
otra vez, mas no te enmiendas.
Te has hecho el correveidile
del señorito... ¿Qué esperas
sacar de esas trapisondas,
del ansia que manifiestas
porque le nombre su padre,
segun el ama desea,
sucesor del mayorazgo
electivo? Es mucha tema;
harto mas justo seria
que la eleccion recayera
en don Valerio, el mayor,
que tiene mejores prendas:
no es haragan como el otro,
ni jugador, ni tronera...

Pascual. No sé qué te ha hecho el segundo,
para que así le aborrezcas.

Blasa. Desde niño descubrió
inclinaciones perversas.
Su diversion favorita
coger murciélagos era;

(4)

clavarlos en la pared,
y aplicarles la candela;
y despues quemar al gato
los bigotes: ¡qué pröezas!

Pascual. Cosas de muchachos.

Blasa.

Pero

los muchachos que asi empiezan,
cuando se hacen hombres suelen
tener corazon de fiera.

Éste ademas es muy falso,
y engaña con falaz lengua
á su madre, la agasaja,
la nima, la lisonjea;
y está la buena señora
con el niño chocha y ciega.

Pascual. ¡Imprudente! Calla, calla;
que te pierdes si blasfemas.
Tú no entiendes de estas cosas,
ni prevés las consecuencias
como yo, que cazo largo,
y jamas yerro una pieza.
El amo está muy enfermo;
nada, nada le aprovecha;
ni el aire sano del campo,
ni jarabes, ni franela,
ni leche de burra: el asma
puede mas que las recetas;
de los Galenos se burla,
y si Dios no lo remedia,
una noche aprieta mas
la tos maldita, y requiescat.
Por eso con tanto ahinco
el ama insiste y le estrecha
para que haga testamento;
y le hará, quiera ó no quiera,
porque la señora siempre
consigue lo que proyecta.
El escribano saldria
á las cinco ó cinco y media
de Sevilla, y como solo
tiene que andar una legua

llegará aqui muy en breve.
 Supongamos, pues, que llega,
 que testa el amo, y al hijo
 menor el vínculo deja,
 como está dispuesto; al sol
 me arrimo que mas calienta;
 en mi gramática parda
 esta es infalible regla,
 seguir al mas poderoso:
 así en el mundo se medra.

Blasa. Mira no te lleves chasco:
 puede ser que á tiempo venga
 el señorito mayor,
 y conjure la tormenta.

Ya sabes que llegó á Cadiz
 hará seis dias; pudiera
 venir hoy mismo ó mañana.

Pascual. Tan pronto no se le espera:
 tiene que hacer, necesita
 conseguir antes licencia:
 los marinos no se mueven
 jamas del puerto sin ella.

Blasa. Se la darán; ¿quién lo duda?
 Puede ser que ya la tenga.
 Asi tambien lo presume,
 y me lo dijo en la huerta,
 doña Isabel de Laguna;
 por cierto que estaba inquieta
 y conmovida; sospecho
 que el marino la interesa.

Pascual. Pues si es asi, que renuncie
 á tan diabólica idea,
 porque la quiere su hermano,
 y va á casarse con ella.
 Hace dias que los padres
 sin que nadie lo supiera,
 concertaron esta boda,
 que aun se mantiene secreta.
 Mañana viene la novia,
 todo de una vez se arregla;
 van á casarse á Sevilla,

- Y tendremos francachela.
- Blasa.* ¿Y quién te ha comunicado esas noticias tan frescas?
- Pascual.* El señorito me dió parte de ello cca reserva hace poco.
- Blasa.* Vaya, vaya; ¿qué boda! No lo creyera, pues al parecer la niña está poco satisfecha. La habrá obligado su padre, que es un Neron... ella tierna, medrosa, sin madre, viendo aquel gesto, aquellas cejas sombrías, y recelosa de ir á parar á una celda, el sí daría... Estas bodas por interes, no son buenas: producen por lo comun muy fatales consecuencias.
- Pascual.* Silencio, que siento pasos.
- Blasa.* Tu señorito se acerca.

ESCENA II.

Dichos y DON SERAFIN.

- D. Seraf.* ¿Qué hace el santo matrimonio?
¿Está de paz ó de guerra?
- Pascual.* En un medio, hay suspension de hostilidades y tregua.
- Blasa.* Gracias á mi buena pasta que aguanto.
- Pascual.* Calla, embustera!
Todas nuestras disensiones empiezan siempre por ella.
- D. Seraf.* Tienes razon, quien provoca las disputas son las hembras.
Mucho tarda el escribano.
- Pascual.* Parece que gasta flema.
- D. Seraf.* Yo quisiera que llegase,

(7)

antes que padres volvieran
de paseo.

Blasa. Los señores
Darán bien pronto la vuelta;
pues como está su merced
tan delicado, se alejan
poco, y á la Cruz del Campo
nunca la berlina llega.

D. Seraf. El sol está ya muy bajo.
Asómese usted, y vea (*A Blasa.*)
si el escribano parece.

Blasa. (*Asomándose al balcon.*)
Sí señor, ya está muy cerca;
Y por mas señas que viene
de chupa y casaca negra.

Pascual. Para hacer un testamento
Bueno es que de serio venga.

D. Seraf. (*A Blasa.*) Vaya usted á recibirle,
que es personage de cuenta,
y á mandar que echen cebada.

Blasa. ¿A quién?

D. Seraf. Es claro, á la bestia.

Blasa. Ya estoy: acaso el ginete
mejor el pienso merezca.

ESCENA III.

DON SERAFIN Y PASCUAL.

D. Seraf. ¿Qué dicha, Pascual! El tiempo
de mi fortuna se acerca.

Pascual. Yo lo creo: mayorazgo,
novia muy joven y bella,
y un buen dote es, como dice
el refran, miel sobre ojuelas.

D. Seraf. Con eso tendré recursos
para entregarme á banderas
desplegadas á la caza
y al juego, mis predilectas
diversiones.

Pascual. En el juego
no tiene usted buena estrella.

D. Seraf. Sin embargo me perezco
por él, cuanto mas me pelan
mas aficion tengo: dame
tres onzas, y pon en cuenta
esta cantidad, á estilo
de mayordomo, con esas
transformaciones que haceis
en la suma y en la resta.

Pascual. Yo no hago fraudes ni trampas,
que soy hombre de conciencia.

D. Seraf. ¡Bribon! ¿Piensas engañarme?
Vamos en el lucro á medias:
dame las onzas.

Pascual. Veré
de hacer, como mejor pueda,
un cuerdo... Pero chito,
que el escribano se acerca.

ESCENA IV.

Dichos y DON JUDAS.

D. Jud. Buenas tardes, señorito.

D. Seraf. Felices. ¡Con qué impaciencia
aguardaba á usted, D. Judás!
¿Y la familia está buena?

D. Jud. No hay novedad, á Dios gracias.

D. Seraf. Siéntese usted.

D. Jud. Con licencia:
hien necesito el descanso,
que traigo unas agugetas...
¡Trotaba tanto la mula!

D. Seraf. ¿Es de alquiler?

D. Jud. Y manchega.
Así á lo menos se llama.

Pascual. Suelen salir pocas buenas:
si fuesen burros, los hay
famosos en esa tierra.

D. Jud. ¿Y mi señor D. Fernando
cómo está?

D. Seraf. Mal; esa perra
tos le ahoga, y por desgracia

(9)

el médico nunca acierta:
es un zopenco.

D. Jud. ¿A que sabe
mas medicina un albéitar?

D. Seraf. Pascual, lárgate, que vamos
á hablar de cosas secretas.

Pascual. Quiera Dios que todo salga
segun usted lo desea.

ESCENA V.

DON SERAFIN y DON JUDAS.

D. Jud. ¿Con que al fin, su señor padre
de usted sériamente piensa
en hacer disposicion
testamentaria? Lo acierta;
somos mortales, y es justo
tener las cosas en regla.
Y usted será, segun dicen,
la persona que suceda
en el mayorazgo.

D. Seraf. Cierto.
Mas conviene darse prisa,
antes que mi padre dude,
y arrepentido se vuelva.
Con usted hablar se puede
del asunto sin reserva.
Costó mucho convencerle:
le escarbaba la conciencia
sin duda; pero mi madre
que estaba por mí, y es diestra,
instó en mi favor, le habló
con elogio de mis prendas;
le dijo en fin, que mi hermano
tiene brillante carrera;
yo ninguna.

D. Jud. Un mayorazgo
no necesita tenerla.

D. Seraf. Eso digo yo, que estudie
la gente pobre y plebeya;

pero los nobles y ricos
no señor, que se diviertan.

D. Jud. ¡Dichosos ellos que gozan,
mientras que los otros reman!
Yo tambien contaba un día
con esa boba prebenda.
Entrar esperé en el goce
de un vínculo que en Lucerna
mi hermano mayor tenia,
hombre ya de unos cincuenta;
mas, para servir á usted,
se casó con su doncella;
tuvo sucesion, y larga,
porque la cuñada, que era
alegre, moza y robusta,
parió mas que una coneja:

D. Seraf. ¡Qué desgracia, siendo viejo
tener toda esa caterva
de chiquillos, esa plaga
de sucesion el babieca!
Pero volviendo á mi asunto,
luego que mi padre venga;
al negocio; si quisiere
dilatarlo, no dar treguas,
que el mal es traidor, y puede
ahogarle sin que se advierta,
y entonces... Aqui hay tintero,
buenas plumas, salvadera;
papel sellado... ¿Qué escucho?
parece que se oyen ruedas:
¿será la berlina? Sí,

(*Asomándose al balcon.*)

ya está parada á la puerta.
Amigo, llegó el momento;
hágalo usted bien y apriesa,
que yo soy agradecido
y buen pagador.

D. Jud. ¿Quién piensa
en intereses?

D. Seraf. Con todo,
no vienen mal las pesetas,

que en este pícaro mundo
nada se logra sin ellas.

D. Jud. Y el que las tiene se engríe,
se engalana y pavonea :
recibe inciensos ; le llaman
entendido , aunque no sepa
el abecé ; y como gracias,
sus rebuznos se celebran.

D. Seraf. Por eso yo no he querido
calentarme la cabeza
en los estudios : teniendo
mayorazgo , tendré letras
y aplausos , y me harán versos
poniéndome en las estrellas

ESCENA VI.

Dichos. D. FERNANDO y DOÑA ENCARNACION.

D.^a Enc. ¡Hola, señor secretario!
Bien venido.

D. Judas. A la obediencia,
señora. Usted, caballero,
¿cómo está?

D. Fern. Con pocas fuerzas;
pero en lo demás me siento
aliviado.

D.^a Enc. No le aqueja
tanto la tos.

D. Jud. Dios querrá
que ese mal desaparezca.
Cuando no son eficaces
los remedios de la tierra,
no hay cosa como apelar
al cielo.

D. Seraf. (*Aparte.*) Bien sermonea
el diablo predicador.

D.^a Enc. Ya hemos hecho una novena.

D. Seraf. (*Al oído del escribano.*)
Al negocio, que se pierde
el tiempo.

D. Jud. (*A don Fernando.*)

Si usted se encuentra
en disposicion de hacer
el testamento...

D.^a Enc. No hay prisa:
refrescaremos.

D. Scraf. (*Aparte.*) ; Qué calma!
Me estoy consumiendo.

D.^a Enc. (*Llamando.*) Elena!

Elena. (*Desde adentro.*)
Voy volando.

D. Scraf. Son tortugas,
y siempre dicen que vuelan:
yo iré á avivarla.

ESCENA VII.

Dichos, menos DON SERAFIN.

D.^a Enc. Este chico
me encanta por su viveza.

D. Jud. Lo creo, se le conoce
que es muy listo, una pimienta.

D.^a Enc. ¿Y qué hay de nuevo en Sevilla?

D. Jud. Muchos pleitos: no nos dejan
descansar: como quedaron
todas las cosas revueltas
en el tiempo que mandaban
los negros, malditos sean,
ha de pasar mucho tiempo
antes que á su caja vuelvan.
Y gracias que dure mucho
este paternal sistema
del absolutismo. Tienen
minada toda la tierra
los francmasones: se juntan
en Gibraltar, nos acchan
desde allí, previenen armas,
expediciones intentan;
y si aqui no derribamos
dos millones de cabezas,

es de temer que nos canten
el trágala por tercera
vez. Dios nos libre : quedamos
loè escribanos por puertas

ESCENA VIII.

Dichos, BLASA con una salvilla de bebida; ELENA
en seguida con una bandeja de bizcochos, y de-
tras DON SERAFIN.

Elena. (A D. Serafin al entrar.)
No pellizque usted, ¡canario!

D.^a Enc. ¿Qué es eso?

D. Seraf. Aguijo á esta lerdá.

Elena. (Aparte.) Si yo hablara... Mas callemos.
(Corre D. Serafin á servir á D. Judas poniéndole
en el plato un vaso de bebida y muchos biz-
cochos.)

D. Seraf. Tome usted.

D. Jud. ¡Qué lisongera
bondad! No tantos bizcochos,
esto mas bien es merienda.

D.^a Enc. ¿No le gustan á usted?

D. Jud. Mucho :

siempre tuve la flaqueza
de ser goloso. Las monjas
de Santa Clara me llenan,
cuando voy al locuterio,
de mantecados. ¡Qué buenas
religiosas! Son modelos
de perfeccion: me embelesan.

D. Seraf. Coma usted, y no se arrobe
con las monjas: nadie niega
su virtud, ni les disputa
su habilidad y destreza.
Sabén hacer buenos dulces,
y relicarios de seda,
y pilas de agua bendita
bordadas con lentejuelas.
Pero en lo que sobresalen,

es en la delicadeza
con que al niño Jesus visten
y la peluca le peinan.
A los bizcochos, D. Judas.

D. Jud. No me descuido: está fresca
la bebida, deliciosa:
venga otro vaso.

Blasa. No deja
gota el avestruz, engulle
bizcochos que se las pela.
¿Pero que estrépito se oye
allá abajo?

D.^a Enc. Cierto, suena
gran bullicio.

D. Seraf. Voy á ver
lo que motiva la gresca.

D.^a Enc. Salvajadas de los mozos.
Recojed, é idos afuera.
(*A Blasa y Elena.*)

ESCENA IX.

DOÑA ENCARNACION. DON FERNANDO Y DON JUDAS.

D.^a Enc. Hablemos de nuestro asunto,
D. Judas: mi esposo piensa
en disponer de lo libre
del modo que mas convenga,
y despues nombrar al hijo
que en el mayorazgo deba
suceder.

D. Fern. Pero aun vacilo,
no me resuelvo; quisiera
igualar á mis dos hijos
y no puede ser: ¿qué pena!
¿Por qué el fundador me puso
en la precision funesta
de elegir?

D.^a Enc. ¿Ahora vacilas?
¿Se dará mayor flaqueza?
¿No estás ya comprometido,
y de Serafin compuesta

la boda? ¿Qué se diría
si atras debil te volvieras?
Las personas de tu clase
deben guardar consecuencia.

ESCENA X.

Dichos y BLASA, que sale alborozada con luces.

Blasa. Albricias, señor, albricias:
la alegría me enagena.

D.^a Enc. ¿Qué es esto, señora Blasa?
¿cómo así tan vocinglera
entra usted, sin reparar
que nos aturde y molesta?

Blasa. El señorito Valerio
está al pie de la escalera.
¿Qué felicidad! Ya sube.
¿No oye usted su voz?.. Ya llega.

ESCENA XI.

Dichos y DON VALERIO que corre á abrazar á su padre.

D. Val. ¡Amado padre!

D. Fern. ¡Hijo mio!
¡Qué gozo recibo al verte!

D. Val. Deme usted, madre, los brazos.

D.^a Enc. ¿Cómo de ese modo vienes
sin darnos antes aviso?

D. Val. ¡Estaba tan impaciente!
Conseguida la licencia
no pude ya detenerme
un momento.

D.^a Enc. Estando así
tu padre, no fue prudente
determinacion venirse
de improviso á sorprenderle.
Le tiene muy encargado
el doctor que no se afecte,

que esté sereno, y tu vista
repentina le conmueve.
Sino mira como tiembla,
cuán pálido está: ¿qué sientes?

D. Fern. Nada. Valerio, á mis brazos
para consolarme vuelve.
Mucho he sufrido, hijo mio,
mientras has estado ausente.

D. Val. ¡Qué dolor! Es necesario
resistir con alma fuerte.
Yo cuidaré á usted ahora,
padre mio, estaré siempre
á su lado, pasearémos
juntos, y el salubre ambiente
del campo, y las medicinas
curarán á usted en breve.

D.^a Enc. Está muy fresca esta sala:
ya se percibe el relente
de la noche; pasaremos

(*A D. Fernando*

á la otra pieza, si quieres.

D. Fern. Eshorabuena; me siento
reanimado, y mas alegre.

(*Al entrarse todos, D. Judas detiene á Doña Encarnacion, y en voz baja le dice:*

D. Jud. ¿Y yo, señora, qué haré?

D.^a Enc. Usted esta noche duerme
aquí, y mañana temprano
hablaremos.

ESCENA XII.

D. JUDAS solo.

¡Buena gente!

Me hallo bien: refresco, cena,
mullida cama, pesebre
para la mula de balde,
y buena paga... que me entren.

(17)
ESCENA ULTIMA.

D. JUDAS y DON SERAFIN, *que entra por la puerta del foro.*

D. Seraf. Don Judas, ¿ha visto usted cuál me persigue la suerte?
¡Venir mi hermano tan pronto!
¡Qué demonio de incidente!
Es fatalidad. Ahora
habrá dimes y diretes,
riñas... y no será extraño
que con usted tambien pegue,
porque tiene un genio duro,
y con cualquiera se atreve.

D. Jud. Lo veremos; ejerciendo
yo mis funciones, ¿quién puede
hacerme cargo? La ley
me autoriza y me defiende,
y con su escudo no temo
al militar mas valiente.

D. Seraf. Eso me gusta, firmeza;
usted nunca se doblegue.
Nosotros dos siempre unidos,
y amigos hasta la muerte.
Si generoso mi hermano
á usted dinero ofreciere,
lo cual dudo, por su genio,
y ademas porque no tiene;
yo daré doble, si usted,
cual confio, me sirviere
con fidelidad.

D. Jud. Nosotros
debemos ser los mas fieles
por nuestro oficio: descuide
usted; no hizo mas Orestes
por Pílates, que haré yo
por servirle y complacerle.

D. Seraf. Venga esa mano: ¡qué nobles
sentimientos!

D. Jud. Los de un héroe.
Vamos adentro, no digan
que usted conmigo se entienda.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. VALERIO y BLASA.

D. Val. Puesto que usted se interesa en mi bien, y por fortuna estamos solos, espero que la verdad me descubra sin rebozo.

Blasa. Usted confie, que la diré bien desnuda.

D. Val. ¿A qué vino ese escribano?

Blasa. A embrollar; ¿quién lo pregunta? A forjar un testamento y hacer una cosa injusta, privando del mayorazgo á usted sin razon alguna. Y, con perdon, mi señora es la que tiene la culpa. Como su hermano de usted es zalamero, y la adula, y hay madres...

D. Val. Advierta usted que un hijo suyo la escucha: si hemos de seguir hablando, no haya glosas ni censuras.

Blasa. Estoy con las preferencias muy mal; pero pues disgustan las glosas, diré los hechos pelados. Con la oportuna venida de usted anoche, y la algazara y la bulla, se les frustró la intentona; pero hoy hacen de las suyas.

Esta mañana á las siete,
 mal pergeñada, en ayunas,
 entró su madre de usted
 en el cuarto de don Judas,
 y estuvieron largo rato
 los dos solos de consulta.
 Luego quedó el fariseo
 solo, y tomando la pluma
 se puso á escribir, lo vi
 todo por la cerradura.
 A estas horas estendido
 está el testamento, busca
 los testigos, firma el amo,
 y usted se queda á la luna
 de Valencia. Señorito,
 ojo alerta, que es astuta
 la gente, y si usted se duerme,
 se la pegan, y le burlan.
 Hay mas: hoy deben llegar
 don Lorenzo de Laguna
 y su hija Isabel: con ella,
 segun lo resuelto en junta
 de los padres, va á casarse
 su hermano de usted.

D. Val. Confunda
 el cielo sus planes: Blasa,
 ¿es eso verdad?

Blasa. No hay duda;
 lo ha dicho don Serafín
 en secreto.

D. Val. ¡Oh desventura!
 ¡Haber yo venido aqui,
 donde todos se conjuran
 en mi daño! ¿Y ha podido
 Isabel?.. ¡Cuál nos ofusca
 una pasión! Yo la amaba,
 aspiraba á la ventura
 de ser su esposo...

Blasa. No en vano
 hice yo mis conjeturas.
 Era forzoso que hubiese

alguna pasion oculta;
 porque hablándome de usted
 Isabel, la ví confusa,
 agitada, con vergüenza...

D. Val. No estraño que se confunda.
 Al partir para la Habana
 lleno el corazon de angustia,
 la declaré esta pasion:
 escuchóme con dalzura:
 pero al contestar estuvo
 indecisa, irresoluta.
 Díjome que dependia
 de un padre...

Blasa. Y á fé que es dura
 esa dependencia: vive
 esclava como una turca.

D. Val. Que para empeños de amor
 la ocasion no era oportuna;
 que el deber de mi destino,
 la separacion, sus dudas,
 su situacion tan incierta
 en aquella coyuntura,
 la aconsejaban ser cáuta
 y no aventurarse: en suma
 no reprendió mi franqueza,
 ni despreció mi ternura;
 antes bien, al despedirme
 triste la ví mas que nunca.
 Partí; durante mi ausencia
 el odioso enlace ajustan,
 y prefieren á mi hermano
 nacido con mas fortuna.
 ¿Cómo se prestó Isabel
 á esa union?

Blasa. Como otras muchas,
 que por el rigor paterno
 sufriendo están la coyunda:
 ¡y de esas violencias luego,
 cuántas desgracias resultan!
 El marido por un lado,
 la muger por otro, buscan

ilícitas distracciones :
es infernal barahunda
la casa ; se despilfarra
cuanto hay en ella . ; Locuras
de mundo ! ; Cuánto mas vale
casarse á gusto ! Hay holgura
y paz : no corre el marido
con gente loca la tuna ,
ni la esposa al chichisveo
complace en citas nocturnas .
Pasos oigo . El escribano .

(*Mirando hácia una de las puertas.*)

D. Val. Me voy . (*Se vá.*)

Blasa. Pues yo con astucia
me quedo por sonsacarle :
él , sin embargo , es muy trucha .

ESCENA II.

BLASA y DON JUDAS .

D. Jud. (*Aparte.*) Qué hará aqui la colorrona ?

Blasa. (*Aparte.*) Mala cara tiene el Judas .
; Qué temprano estaba usted
en pie ! Mucho se madruga .

D. Jud. No he pasado buena noche ;
me han molestado las pulgas .

Blasa. Es lastima . ; Qué no fúesen (*Ap.*)
de alacran las picaduras !
En estas casas de campo
grandes molestias se juntan :
mosquitos , chinches , moscones
que en el rostro dan y zumban .
Si usted no despacha pronto ,
no estrañaré que se aburra ;
bien que no será muy larga
la comision . Aunque ruda ,
conozco bien que no pide
mucho tiempo una escritura ,
un testamento , una carta
de dote : ¿ es verdad ?

D. Jud. ¡Tontunas!

Las mugeres nunca deben meterse en esas honduras.

Blasa. Somos curiosas: queremos saber las cosas ocultas.

D. Jud. Tenga usted presente aquella de quien dice la Escritura, que por volver la cabeza solo, se convirtió en muda estatua de sal. Si ahora se usase pena tan dura, saladas quedarán todas, de carne y hueso ninguna.

Blasa. Usted está misterioso.

D. Jud. Y sordo á necias preguntas.

Blasa. Yo de averiguar no trato: me encuentro muy bien á oscuras.

D. Jud. Y no es fácil sonsacar á personas de la curia, que alzan el vuelo y escapan, si mucho los importunan.

Blasa. Son ustedes, en efecto, águilas con negras plumas, que á las nubes se remontan con la presa entre las uñas.

ESCENA III.

DON JUDAS *solo.*

¡Habladora! Me ha dejado hecho un mono la tal bruja. Estos antiguos sirvientes, además de ser lechuzas, que del aceite y las otras provisiones tanto chupan; mil libertades se toman, y de la franqueza abusan.

ESCENA IV.

Dichos. DOÑA ENCARNACION y DON SERAFIN.

D.^a Enc. ¿Cómo tan solo?

D. Jud. Ahora mismo

se fue de aquí ese estafermo de Blasa, que me ha tratado con muy poco miramiento. Esperó á que yo llegara para sonsacarme, y viendo que su astucia le servia tan poco para el intento, disparó una desvergüenza, como ellas suelen hacerlo, y fuese.

D. Seraf. ¿Pero qué dijo?

D. Jud. Que remontamos el vuelo con la presa entre las uñas, como si fuéramos cuervos.

D. Seraf. ¡Picarona! Es enemiga nuestra, se inclina á Valerio, y nos hará todo el daño posible: yo la aborrezco.

D.^a Enc. Pronto saltará de casa: por su marido la tengo; que sino ya despedido la hubiera hace mucho tiempo. Hablemos de nuestro asunto: ¿se concluyó el testamento?

D. Jud. Sí señora, como usted me encargó, ni mas ni menos, Sin faltar coma ni tilde en su prolijo contesto. ¿Voy por él?

D.^a Enc. No, hasta la siesta guárdele usted. Don Lorenzo vendrá con su hija Isabel dentro de poco: hablaremos con mi marido; es forzoso

prepararle, está algo terco,
y ahora mas con la venida
del hijo ; pero poniendo
á su vista el compromiso
en que empeñados nos vemos,
cederá. Voy á la alcoba,
á observar si está durmiendo.

ESCENA V.

DON SERAFIN y DON JUDAS.

- D. Seraf.* Estoy en brasas, amigo :
esto se enreda ; me temo
que mi padre ha de jugarnos
una pasada ; le veo
muy vacilante : mi hermano
anda listo, está en acecho ;
y si no se la pegamos
diestramente, volaverunt.
- D. Jud.* No obstante, mucho confío
en la destreza y talento
de la señora, le hará
firmar como en un barbecho.
No lo dude usted : ¡oh! tienen
las faldas gran valimiento.
Allá á solas, cuando todo
está en el mayor silencio,
cuando no hay testigos, hacen
las hembras sus embelecós.
Ruegan, importunan, lloran,
y el pobre marido, tierno,
mas manso con las caricias
y los mimos que un borrego,
cede y otorga, y ensarta
una porcion de requiebros,
y á Dios fortaleza : somos
unos pobres majaderos.

ESCENA VI.

Dichos y DOÑA ENCARNACION.

D.^a Enc. Aun descansa: no he querido despertarle; ha estado inquieto por la noche y desvelado, hasta que le rindió el sueño.

D. Jud. Pues que no hago falta, voy á aprovechar los momentos, despachando cierto asunto que es muy urgente: hasta luego.

ESCENA VII.

DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D. Seraf. Este escribano es un lince.

D.^a Enc. Le mandé buscar por eso.

D. Seraf. Usted se lo halla hecho todo: aqui ya no hay mas tropiezo que mi hermano; y ha de hacer de las suyas; es violento y militar.

D.^a Enc. Poco importan sus bravatas y sus fueros: las armas de la muger son de mas seguro efecto.

D. Seraf. Y como usted las maneja mucho mas, ;Qué entendimiento! Estoy pasmado. ;Ah, querida madre! ;cuánto es lo que debo á su bondad!.. Un abrazo de cariño.

D.^a Enc. Toma ciento. Asi deben ser los hijos, humildes, mansos y tiernos; no como tu hermano, graves, y despegados, y secos. Desde sus primeros años

educado en un colegio,
y despues á la marina
dedicado, fue perdiendo
la inclinacion á la casa,
y á nosotros el afecto.

Tú al contrario, no faltaste
de mi lado; te estoy viendo
sin cesar, siempre obediente,
cariñoso...

D. Seraf. Y en obsequio
de mis padres siempre haré
los mas costosos esfuerzos.

D.^a Enc. Lo sé, hijo mio; y si llega
á faltar tu padre (el cielo
nos le conserve), no dudo
que cuidarás con esmero
de tu mamá, y como siempre
la tratarás.

D. Seraf. Por supuesto:
usted mandará en la casa;
yo obedeceré contento...
Pero alli viene Isabel
con su padre. ¡Tanto bueno!
(*Corriendo á recibirlos.*)

ESCENA VIII.

Dichos. DON LORENZO y DOÑA ISABEL.

D. Enc. ¡Con qué impaciencia esperaba
á ustedes! Salir debieron
mas temprano, que el calor
es ya bastante molesto.

D. Lor. Siempre he sido perezoso
para madrugar; prefiero
esta molestia, al disgusto
que da la falta de sueño.

D.^a Enc. ¿Viene usted, Isabelita,
muy cansada?

D.^a Isab. No por cierto:
el trecho es corto, y el coche

tiene muy buen movimiento.

D.^a Enc. Tomarán ustedes algo...

D. Lor. Yo por mí ganas no tengo.

D.^a Isab. Ni yo; nos desayunamos
antes de venir.

D.^a Enc. Mal hecho.

Aquí debieron ustedes
almorzar.

D. Lor. Yo no me muevo
de casa, sin tomar antes
el debido refrigerio.

Quiero ver á don Fernando.

D.^a Enc. Aun está en cama.

D. Lor. ¿Despierto?

D.^a Enc. No sé: venga usted conmigo,
y si aun reposa, hablaremos.

D. Lor. Vamos allá.

D. Seraf. Yo con esta
señorita aquí me quedo.

D.^a Enc. Está bien.

D. Lor. (*A doña Encarnacion.*)

Como son novios
querrán hablar en secreto.

ESCENA IX.

DON SERAFIN y DOÑA ISABEL.

D. Seraf. Isabelita, ¡qué triste
está usted! No lo comprendo.
¡En visperas de casarnos
tener ese abatimiento!
Vamos, vamos; es preciso
alegrarse; enloquecernos;
pues tratándose de boda,
¿es el lance para menos?
¿Piensa usted que va á meterse
en un duro cautiverio?
Nada de eso, lo contrario:
va usted á encontrarse en medio
de un paraíso, servida,

obsequiada con estremo ;
 siempre en bailes y tertulias
 partidas de campo , juego ;
 en fin , cuantas diversiones
 haya inventado el ingenio
 gozará usted : pues yo gusto
 de la broma y el jaleo.

Este es mi franco language :
 no gásto mas cumplimientos
 ni piropos , ni esas frases
 de sentimentales necios
 que se remontan hablando
 á sus queridas , y en verso
 las escriben , y les llenan
 de ilusiones el cerebro.

Yo soy prosaico , y me gusta
 lo positivo y lo bueno.

D.^a Isab. Tambien yo soy muy amante
 de la llaneza : mas quiero
 urbanidad y decoro
 para expresar los afectos ;
 que un hombre bien educado
 no como el infimo pueblo
 ha de vestir con inculto
 language sus sentimientos.

D. Seraf. Yo tambien , aunque no mucho ,
 de literatura entiendo ,
 y puedo hablar en estilo
 mas culto... ¿Pero qué veo ?
 mi hermano viene : ¡ maldita
 casualidad !

ESCENA X.

Dichos y DON VALERIO.

D.^a Isab. (Con expresion melancólica.)

Don Valerio,
 vuestra venida supimos
 al llegar , y la celebro.

D. Val. Mil gracias : pronto mi vuelta

sabrá usted.

D.^a Isab. ¡Cómo! ¿tan presto?

D. Val. Sí señora: aquí es inútil
mi presencia.

D. Seraf. (*Aparte.*) Ya está impuesto
de todo: sabe sin duda
que en el mayorazgo debo
suceder.

D. Val. Me está llamando
la obligacion: solo tengo
cuidados, cuando otros gozan,
bien queridos y opulentos.

D. Seraf. ¿Lo dices por mí? No creas
que las riquezas anhele,
ni que para conseguirlas
me valgo de ruines medios.

D. Val. Yo no trato de intereses,
ni jamas me ocupo en ellos.
Otros son, mas elevados,
mas nobles mis pensamientos.

D. Seraf. Tambien tengo yo los mios
y no envidio los agenos.
¿Juzgas que por ser paisano,
y no empuñar el acero
como tú, soy en el mundo
inútil, y valgo menos?

D. Val. Vales mucho, pues consigues
un bien de tan alto precio.

D. Seraf. ¿Lo dices por Isabel?

D. Val. Claro está.

D. Seraf. No la merezco.

D. Val. Tienes razon.

D. Seraf. Sin embargo,
no sé que merecimientos
tengas tú mas.

D. Val. Yo ninguno
en tu perspicaz concepto.

D. Seraf. ¿Cómo descubres la envidia!

D. Val. No insultes, ó vive el cielo...

D.^a Isab. Don Serafin, la violencia
produce tristes efectos;

(30)

esa envidia que usted dice
carece de fundamento ;
que una muger como yo
es poco envidiable objeto.

D. Seraf. Yo bien sé lo que me digo ,
y razon para hablar tengo.

D. Val. Agradece á esta señora
su mediacion: el respeto
me contiene.

D. Seraf. No es posible
que donde juntos estemos,
haya paz.

ESCENA XI.

Dichos y DOÑA ENCARNACION.

D.^a Enc. ¿Qué bulla es esta?

D. Seraf. Mi hermano con ese genio
tan duro...

D. Val. Y tú con la lengua
desenfrenada...

D.^a Enc. Callemos.

Serafin, Isabelita,
Venid conmigo. Valerio
eres mayor, y has debido
reprimirte, y dar ejemplo.

ESCENA XII.

DON VALERIO solo.

Sin haber dado motivo
tengo contraria á mi madre;
aunque su rigor esquivo
se compensa con el vivo
amor que debo á mi padre.

No asi la ciega pasion
en que Isabel me ha abrasado:
si pierdo su corazon,
¿quién en tan mísero estado
me dará compensacion?

ESCENA XIII.

DON VALERIO y BLASA.

Blasa. ¿Vió usted á Isabel?

D. Val.

La ví

mas que á mi partida, hermosa,
aunque el alma dolorosa
en su rostro descubrí,
mustio cual pálida rosa.

Lleve mi hermano el tesoro
de los bienes que codicia,
y hágale feliz el oro;
pero no con injusticia
me arrebate el bien que adoro.

Yo su enlace no veré,
antes bien me alejaré
de las costas españolas,
y mi tumba buscaré
del mar profundo en las olas.

El sí que forzada lengua
pronuncia, es nulo, Isabel:
y ante las aras infiel
la que para eterna mengua
engaña á un hombre con él.

Aun es tiempo, yo de escudo
te serviré; diga el labio,
hasta ahora tímido y mudo,
la verdad. ¿Quién así pudo
hacer tan injusto agravio?

Blasa, de usted un favor
exijo.

Blasa. Diga usted cuál.

D. Val. Quiero hablarla de mi amor,
antes que el nudo fatal
haga eterno mi dolor.

Blasa. ¿Hoy mismo?

D. Val. A la hora de siesta,
cuando reposando esten
las gentes de casa.

Blasa.

Bien:

la avisaré; estoy dispuesta
á hacerlo en un santiamen.

Si quiere la señorita,
vendremos juntas las dos
despacio, á la callandita;
y yo fingiré una tos
muy propia para la cita.

Pero basta por ahora
que nos pueden acechar.

D. Val. ¿Con qué podré yo pagar
á tan buena servidora?

Blasa. Con apreciarme y callar.



ACTO TERCERO.



ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENCARNACION Y DON SERAFIN.

D.^a Enc. Poco tardará en venir
el escribano á la cita
con el testamento: ansío
ver de tu padre la firma
puesta en él. Si se opusiese,
le hablaré con energía,
para terminar hoy mismo
esta inquietud que me agita.
Asi mientras duermen todos
la siesta, y no nos espian,
podrá conseguirse el triunfo
sin competencia enemiga.

D. Seraf. Entretanto que D. Judas
viene, pues mi honor peligrá,
voy á hablar de las sospechas
que tanto me martirizan.
Jamás Isabel ha estado
tan turbada y pensativa.
Asi la ví esta mañana,
y asi estuvo en la comida,
sin que una vez asomase
á sus labios la sonrisa.
Mi hermano la provocaba
con miradas espresivas;
y ella, con rubor, á veces
en él fijaba la vista.
¿Lo notó usted?

D.^a Enc. No miraba:
tuvieronme entretenida
D. Judas y D. Lorenzo;

mas creo que te fascinan
 los celos, hijo: no tengo
 de la bonrada Isabelita
 tan mal concepto, que crea
 que de un galan á la vista,
 sin otros antecedentes,
 á un violento amor se rinda.
 Las miradas de tu hermano
 acaso serán de envidia,
 como quien para sí dice:
 ¡qué no tenga yo tal dicha!

D. Seraf. Si en un renuncio le cojo,
 arde Troya en ese dia.
 No aguantaré yo como otros,
 que me hagan tales cosquillas.
 Estos militares son
 atrevidos: se imaginan
 que en llevando charreteras,
 no hay muger que los resista.
 Pues cierto que proporcionan
 una fortuna lucida
 á las miseras que caen
 en su red. ¡Qué mala vida
 llevan esas desdichadas,
 mártires de la milicia!

ESCENA II.

Dichos y DON JUDAS que se detiene un poco á la puerta.

D. Jud. ¿Se puede entrar?

D.^a Enc. Adelante:
 ¿Viene ya en forma debida
 el testamento?

D. Jud. Aquí está:
 bien hecho, aunque yo lo diga.
 Todas sus cláusulas llenas,
 prolijamente estendidas
 á lo antiguo, sin reformas
 modernas, como se estila

entre los que han estudiado
la antigua y sana doctrina.
¿Quiere usted que se lo lea?

D.^a Enc. No, no, que se perdería
el tiempo: abajo esperando
están las ordenes mías
los testigos. Vaya usted
á avisarlos.

D. Jud. Soy la misma
velocidad. (*Se va corriendo.*)

D. Seraf. Es ligero
el hombre como una ardilla.

D.^a Enc. A preparar á tu padre
vamos los dos.

D. Seraf. Madre mía:
estos celos del hermano
abrasan mucho, y me pican.

ESCENA III.

DON VALERIO Y BLASA, *que salen por el lado opuesto.*

D. Val. Soy muy desgraciado, Blasa:
voy á partir, es precisa
mi separacion: ¿negarse
á hablarme Isabel esquivando
delante de usted, durmiendo
todos la siesta! Está vista
su resolucion: no quiere
faltar á la prometida
palabra: teme á su padre.
¡Infeliz! Se sacrifica.

Blasa. Yo le di bien el recado,
mas no pude persuadirla.
Está muy amilanada,
muy triste; no tiene pizca
de resolucion, ni mundo,
cual si fuese una novicia.
No parece de esta tierra
en lo corta y encogida.

D. Val. Yo no llevaba otro objeto

que alentarla, reducirla
á que hablase francamente,
y conmigo convenida,
impidiéramos hoy mismo
esa union, y nuestra ruina.

Blasa. (Mirando hácia la puerta del foro.)

Gente viene: el escribano.

Me voy, porque si me atisva
irá con el cuento. (*Se va.*)

D. Val. ¿A qué

vendrá el bribon?

ESCENA IV.

^DON VALERIO, DON JUDAS, y otros tres sugetos, á quienes este dirige la palabra al entrar, y sin ver á DON VALERIO.

D. Jud. De puntillas;
cuidado.

D. Val. ¿Adonde se va?

D. Judas. (*Aparte.*)

Me atrapó: ¡suerte maldita!

D. Val. ¿Nadie responde? *D. Judas,*
usted que á esa gente guia,
diga al punto sin rebozo
adonde van en cuadrilla.

D. Jud. Soy un legal funcionario;
la ley en mí deposita
la fé publica, y no puedo
comprometer las familias,
descubriendo los negocios
secretos que me confian.

D. Val. Baje usted el tono, y hable
con claridad.

D. Jud. No me obligan
los mandatos militares.

D. Val. ¿Y las pistolas tendrian
mas eficacia?

D. Jud. ¡Pistolas!
Esas son armas prohibidas.

D. Val. No para mí, que las llevo
siempre cargadas y listas.
Las verá usted.

D. Jud. No por cierto:
me escaparé.

(*Mirando á la puerta.*)

D. Val. (*Cogiéndole de un brazo.*)

No hay salida,
No mire usted á la puerta.
Y pronto adonde van diga,
ó vive Dios...

D. Jud. (*Aparte.*) ;Qué encendidos
tiene los ojos! Me tira
sino le doy gusto, y caigo
redondo. ;No hay quien me asista?

(*Mirando á los testigos.*)

Todos callan; no hay remedio,
á hablar el miedo me obliga.

D. Val. ;Despacha usted, ó reñimos?

D. Jud. Despacho: con estos iba
á que el señor don Fernando
firmase, despues de oirla,
su voluntad postrimera,
con solemnidad escrita
en el público instrumento,
que yo, escribano en Sevilla
por el rey nuestro señor,
he otorgado en este dia,
y doy fe. Todo está dicho.

D. Val. Pues sin chistar, de puntillas,
vuélvanse ustedes por donde
vinieron; que ahora seria
un insulto ir á la alcoba
de mi padre. ;Intempestiva
comision! ;Quieren ustedes
acrecentar su fatiga
cuando descansa? Asesinos,
fuera de aqui.

D. Jud. ;Santa Rita!
No he visto cara mas fiera:
me hace estremecer su vista.

ESCENA V.

DON VALERIO, *y despues* BLASA.

D. Val. ¡Cobardes! ; cómo temblaban!
Todas las almas vendidas
al interes son asi :
el vil temor las humilla.

Blasa. ¿A qué vino el escribano?

D. Val. A hacer una picardía ;
pero le ha salido falla
su esperanza. Blasa amiga,
voy á escribir un billete
á Isabel : ¿usted querría
llevarsele?

Blasa. Sí, señor ;
al instante usted escriba,
que yo llevaré la carta,
aunque me esponga.

D. Val. (*Señalando á la mesa.*)

Por dicha

Aqui hay papel y tintero :
pronto despacho.

(*Pónese á escribir.*)

Blasa.

Vendria

ese pícaro escribano
á enredar á la sordina ;
á ver si estaba aqui el ama,
y el negocio concluian :
¿no es esto?

D. Val. (*Sin dejar de escribir.*)

Pues.

Blasa.

El lechuzo,
hambron, que este medio dia
se ha comido unos tasajos
de vaca, media gallina,
un pollo... ¿qué se yo cuánto
engulló, pese á sus tripas ;
y despues de haber llenado
brutalmente la barriga,
le pagarán sus derechos,

le darán buena propina...

D. Val. Ya acabé; solo me falta
cerrar : ; qué mala es la tinta!

Blasa. Mi marido la revuelve,
cuando escribir necesita,
con este palo de higuera:
; Jesus! Me he puesto perdida.

(*Doña Encarnacion y don Serafin van á salir, y
al ver á don Valerio y Blasa se detienen á la
puerta, y diciendo los primeros versos se ocultan.*)

D.^a Enc. (*A don Serafin.*)
Es mucha tardanza... ; Calle!
Ocultémonos, y atisva,
que Valerio escribe, y Blasa
está aguardando.

D. Seraf. ; Cartita
tenemos? Se va encrespando
la cosa, y habrá bolina. (*Ocúltanse.*)

D. Val. Ya he cerrado: tome usted
la carta, y hasta la vista.

ESCENA VI.

BLASA sola.

; Pobre muchacho! Es preciso
servirle: me desatina
la iniquidad que estoy viendo.

; Sacrificar una niña
tan inocente! ; y por quién?
por ese calaverilla.

Meto la carta en el pecho,
y voy allá derecha.

(*Encamínase á la puerta, tras de la cual estan
ocultos don Serafin y doña Encarnacion, y al
entrar se presentan estos.*)

ESCENA VII.

BLASA. DOÑA ENCARNACION Y DON SERAFIN.

Blasa. ¡Jesus! Mas disimulemos. (*Aparte.*)*D.^a Enc.* Venga esa carta, enemiga.*Blasa.* ¿Qué carta?*D. Seraf.* Suéltela usted,
hipócrita, entremetida,
vil zurcidora de enredos,
y de infames tercerías.*Blasa.* ¡Yo zurcidora y tercera!
Por vida de... ¡qué ignominia!*D.^a Enc.* Entréguela usted á buenas,
porque si es terca y me irrita,
vendrá Pascual, y á la fuerza
tendrá usted que descubrirla.*Blasa.* No hay escape: es mejor darla,
que llevar una paliza.
Tenga usted. (*Entregando la carta.*)*D.^a Enc.* Váyase afuera.*Blasa.* ¡Ay pobre mayordomía!

ESCENA VIII.

DOÑA ENCARNACION Y DON SERAFIN.

D.^a Enc. Lee, Serafin, que yo tengo
algo cansada la vista.*D. Seraf.* Buena comision por cierto.
Querida Isabel... (*Representando.*)
¡Querida!La satisfaccion me gusta.
¡Qué bien el galan principia!
(*Sigue leyendo.*)«No quiero aumentar el sentimiento de usted,
reprendiendo con sentidas quejas el desaire que
acaba de hacerme en no prestarse á una conferen-
cia...»

(41)

(Representando.)

¡Con ella hablar pretendia
á la hora de siesta! ¡Bravo!
¡Qué moral tan peregrina!
Pero le ha salido huera
la esperanza. ¡Isabelita!
No pensaba yo que tanto
á tu Serafin querias.

(Sigue leyendo.)

«Conozco demasiado la amarga situacion de usted, y la respeto: pero no puedo menos de recordar los sinsabores que la aguardan, prestándose á un enlace que no es de su gusto...»

(Representando.)

¡Traidor! ¿Por dónde lo sabe?
Poco duró mi alegría:
vuelven á abrasar los celos
mi corazon: ¡qué desdicha!

(Leyendo.)

«por obedecer ciegamente á un padre, que acaso mudaria de resolucion hablándole la verdad. Para esto queria ponerme de acuerdo con usted. Isabel, aun es tiempo: si está impresa en la memoria de usted mi antigua declaracion, y no la desapruueba, hablemos con energía á nuestros padres: el mio es en extremo bondadoso, y no dudo que atenderá á nuestras súplicas. Si el de usted tiene demasiado teson, no por eso dejará de abrigar los sentimientos que la naturaleza imprimió en el corazon de los que nos han dado el ser. Aguardo con impaciencia la contestacion de usted, para tomar mi resolucion con arreglo á ella; en la inteligencia, de que si usted desestima mi propuesta, pienso partir hoy mismo, y alejarme para siempre de este suelo.—Valerio.»

(Representando.)

Ya ve usted cómo trabaja
el perillan: cuál me tira,
y desbancarme pretende
para conseguir sus miras.
¡Qué infamia! Me desespero;

voy á perder en un día
el mayorazgo y la novia,
todo.

D.^a Enc. Serafin, ¿deliras?
¿Viviendo tu madre piensas
que Valerio quede encima?
Llama á Pascual al instante.

D. Scraf. Si doy con él, vendrá aprisa.
(*Se vá por la derecha.*)

ESCENA IX.

DOÑA ENCARNACION *y despues* DON JUDAS.

D.^a Enc. Esta oposicion del hijo
me exaspera y mortifica;
y si pronto no la venzo,
despues será mas activa.

D. Jud. (*Que sale receloso por la puerta del foro.*)
¿Se ha marchado ya, señora?

D.^a Enc. ¿Quién?

D. Jud. Ese fiero homicida;
don Valerio, que con fuerza
armada nos hostiliza.
A desempeñar mi encargo
con los testigos venia,
cuando cate usted que en frente
se para de mí; investiga;
y porque no le respondo
me insulta y me desafia.
Los testigos, que la echaban
de valientes, se intimidan,
huyen, y no habrán dejado
de correr hasta Sevilla.
Yo tambien, si he de hablar claro,
tuve miedo, me horrorizan
las pistolas: cuando joven
yo sin vanidad, tenia
mucho valor; en el barrio
todos mi espada temian;
pero á los cincuenta el hombre

es un pelele, un gallina.
me voy ahora mismo.

D.^a Enc. ¿Ahora?
¿con este calor?

D. Jud. Corria
hace poco un vientecillo
agradable; el sol no pica
cual antes; y sobre todo
quiero mas bien una engina,
un tabardillo, que un tiro
de pistola: hasta otro dia,
señora, venga usted pronto
á la ciudad.

D.^a Enc. No se diga
que va huyendo un escribano
andaluz de cobardia.
Aguarde usted.

D. Jud. No por cierto,
nada importan las hablillas,
que no perderé por eso
mi casa y la escribania.

D.^a Enc. ¿Con que está usted empeñado?

D. Jud. Sí señora, hasta la vista.

D.^a Enc. Allá nos veremos pronto,
acaso esta noche misma.

D. Jud. Entonces acabaremos
la tarea interrumpida.

ESCENA X.

DOÑA ENCARNACION *y despues* DON SERAFIN *y* PASCUAL.

D.^a Enc. A las armas ha apelado:
ese atrevimiento indica
que está ya á todo resuelto,
y que hará mas tropelías.

Pascual. Mande usted, señora.

D.^a Enc. Tienes
una muger atrevida,
enredadora; llevaba
la carta que ves, escrita

por Valerio, á la inocente
Isabel.

Pascual. ¡Accion indigna!
¿Mi muger tercera? ¡Infame!
La he de matar.

D.^a Enc. No con ira,
sino con astucia y arte
estas culpas se castigan.
Llama á Valerio; y á Blasa
por ahora nada le digas,
cuidado.

Pascual. Si no mediase
usted, ya no estaba viva.

ESCENA XI.

DOÑA ENCARNACION y DON SERAFIN.

D.^a Enc. Y tú, Serafin, de aqui
retírate un poco, fia
en el amor de tu madre,
que á hacerte feliz aspira.
Baja al patio, á despedir
al escribano: tenia
el pobre un terror...

D. Seraf. ¿Pues cómo?

¿Se marcha?

D.^a Enc. Con vengativa
saña ha querido matarle
tu hermano.

D. Seraf. ¡Qué villania!
voy corriendo: ¿no hay venganza
para tales demasias?

(Se vá corriendo por la puerta del foro.)

ESCENA XII.

DOÑA ENCARNACION y DON VALERIO *que sale por la izquierda.*

D. Val. ¿Qué me manda usted?

D.^a Enc. ¿Es tuya

esta carta?

D. Val. (*Aparte.*) ¿Qué perfidia!
Me vendió Blasa. No puedo
negarlo, la carta es mia.

D.^a Enc. ¿Y un vivo remordimiento
no sentiste al escribirla,
sabiendo que estaba ya
Isabel comprometida
con tu hermano? ¿Así se huellan
las leyes, así conspiras
contra el honor de tu casa,
contra tu propia familia?

D. Val. Ese honor es el que quiero
ver sin tacha ni mancha.
Si Isabel violenta fuese
al altar, ¿qué se diría?
Los nobles amparar deben
á la inocencia oprimida:
esto prescribe el honor,
que tanto se preconiza.
Yo sé que está disgustada,
que Serafin no la inspira
amor, que infelices ambos
serán, si se verifica
el enlace: además de eso
mucho antes que él yo tenia
derecho á su mano: hablé,
escuchóme complacida,
me dió esperanzas, que luego
el terror dejó marchitas.
Que vuelvan la libertad
á Isabel, y que ella diga
ante todos francamente

á cual de los dos se inclina.

D.^a Enc. La vanidad te deslumbra,
y arde en tu pecho la envidia.

D. Val. Solo envidio las virtudes,
las almas esclarecidas,
que dando lustre á la patria
gloriosas se immortalizan.

D.^a Enc. Sino es un heroe tu hermano,
ni con esa gloria brilla,
sabe amar, ser obediente
á sus padres.

D. Val. No me admira:
tambien lo sé yo; no tengo
que aprender esa doctrina.
Si el amor no manifiesto
con halagos, ni caricias,
no por eso es menos vivo,
mas puro quizá respira;
que á veces aquellas son
demostraciones fingidas.
Para querer á mis padres
el interes no me anima:

(Señalando al pecho.)

Aqui estan mis sentimientos
grabados, aqui está fija
mi gratitud, sin el velo
de engañosa hipocresia.

D.^a Enc. Pues ya que tanto blasonas
de ese amor, no te resistas;
da una prueba de obediencia;
complace á tu madre; olvida
á Isabel.

D. Val. Con olvidarla
mas dichosa no seria,
aun dado que yo venciera
la pasion que me domina.

D.^a Enc. Esa pasion delirante
tu voluntad precipita.
De los males que os aguardan
no te deja ver la sima:
eres un ingrato, un....

D. Val. Madre,
ruego á usted que no prosiga,
y que contra mí no lance
ofensas no merecidas.

D.^a Enc. Las mereces.

D. Val. El respeto
me hace callar.

D.^a Enc. Que desistas
es necesario, sopena
de que á tus gefes escriba
don Lorenzo, cuando llegue
á saber...

D. Val. No me intimida
esa amenaza; al contrario
me da vigor, y me anima.
Ahora mismo voy á hablarle,
pues que no hallo otra salida,
y el rigor de usted me pone
en tan dura alternativa.

D.^a Enc. ¡A dónde vas insensato?

D. Val. A ver si alcanzo justicia. (*Se va.*)

D.^a Enc. Corro tras él: ¡qué dureza
de caracter, qué osadía!

ESCENA XIII.

PASCUAL solo: sale por la puerta opuesta.

Fuerte ha sido la tormenta,
y acaso mas crecerá.
¿Quién al cabo vencerá?
Esto es lo que me impacienta.
Por fin si el mayor alcanza
La vitoria, que lo dudo,
podrá servirme de escudo
mi muger, y de esperanza.
En toda guerra intestina
bueno es que siga el marido
un bando, mientras se inclina
la muger á otro partido.
En las guerras del estado

entre dos competidores,
algunos diestros señores
del mismo ardid han usado.
El dichoso que servia
en el bando vencedor,
daba á su hermano favor,
si el bando opuesto seguia.

ESCENA XIV.

Dicho y DON SERAFIN que sale por la puerta del foro.

D. Seraf. Dime, ¿dónde está mi madre?

Pascual. A don Valerio siguió,
que obstinado se empeñó
en ir á hablar con el padre
de Isabelita.

D. Seraf. ¿Qué dices?

Pascual. Lo cierto: ha habido jarana,
y temo para mañana
consecuencias infelices.

D. Seraf. Voy corriendo: ¡qué demonio!
temo á mi hermano que es diestro:
Pascual, reza un padre nuestro
entretanto á san Antonio.

ESCENA XV.

PASCUAL *solo.*

Rezára la letania,
si pudiera aprovecharnos;
¿pero cómo han de ayudarnos
los santos? Es boberia.
Él tronera, jugador,
con la virtud siempre en lucha,
y ahora que nadie me escucha,
yo tramposo y bebedor...
Pero Blasa viene alli
pesarosa y abatida.

ESCENA XVI.

PASCUAL y BLASA.

Blasa. Estoy inquieta y corrida:
¿qué dirá Pascual de mí?

Pascual. Acércate, marrullera,
ya sé lo que te ha pasado;
pero no tengas cuidado,
que eres mi fiel compañera.
Y aunque gran censura han hecho
de tu solapado porte,
yo defendiendo á la consorte
partícipe de mi lecho.

Blasa. Haces bien, esposo mio.

Pascual. ¿Qué tierna estás! ¿Si tuvieras
treinta años menos!

Blasa. ¿De veras?

Con tus donaires me rio.
Pero, esposo, me echarán
de casa?

Pascual. Yo no lo sé,
y solo te afirmaré
que no te faltará el pan.
Dos partidos hay en casa:
si vence el hijo menor
tengo apoyo; si el mayor,
tú eres la apoyada, Blasa.
De este modo no nos falta
á los dos un buen puntal:
en teniendo á tu Pascual,
¿qué riesgo te sobresalta?
Pero allí vienen los amos
riñendo, segun parece;
fuera, que la bulla crece.

Blasa. Huyamos, por Dios, huyamos.

ESCENA XVII.

DOÑA ISABEL y DON LORENZO *salen apresurados, y tras de ellos* DON FERNANDO y DOÑA ENCARNACION.

D. Lor. No se fatiguen ustedes;
no puedo permanecer
un minuto en esta casa,
ni en parage donde esté
su hijo Valerio: me irrita,
no puedo tratar con él.
;Hablarne de esos amores
tan contrarios al deber,
estando ya concertado
el matrimonio! ¿Qué ley
tiene á su propia familia,
qué decoro, qué honradez?
Y tú, rebeñe, que has dado
(*A su hija.*)
motivo á este proceder...

D.^a Isab. Padre, yo estoy inocente;
nunca ese amor fomenté.
Señor don Fernando, imploro
su proteccion; sirva usted
de medianero, y ampare
á esta angustiada muger.

D. Fer. Don Lorenzo, es necesario
templar esa rigidez,
y no tratar á su hija
de ese modo tan crüel.

D. Lor. Cuando obedezca á su padre,
y pesares no le dé,
le encontrará complaciente,
y solícito en su bien.
Hasta la noche, si ustedes
piensan hoy mismo volver.

D.^a Enc. Aguárdese usted, iremos
á un tiempo.

D. Lor. No puede ser.
He jurado no ver mas

(51)

á don Valerio: otra vez
seré mas condescendiente
para complacer á usted.
Vamos. (*A su hija.*)

D.^a Isab. ¡Ay, triste! que solo
nacé para padecer.

ESCENA ULTIMA.

DON FERNANDO, DOÑA ENCARNACION, *y despues* ELENA.

D.^a Enc. ¡Qué terquedad! En lo duro
parece un aragonés.

Elena. Corran, ustedes, señores,
por Dios, que va á suceder
una desgracia, que riñen
los dos hermanos.

D.^a Enc. ¡Lo ves?

(*A don Fernando.*)

Será el agresor Valerio.

Elena. No señora, el otro fue
quien comenzó.

D.^a Enc. Te engañaste:

¿eres contraria tambien?

D. Fer. ¿Hay padre mas desdichado
en su doliente vejez?





ACTO CUARTO.



El teatro representa una sala bien adornada, con una puerta en el foro, y otra á un lado.

ESCENA PRIMERA.

BLASA y ELENA.

Elena. ¡Qué trapisondas, Dios mio!
¡Qué repentinias mudanzas!
Estábamos en el campo
tranquilos esta mañana,
sin que al parecer hubiese
disposicionues de marcha,
y todo el mundo de pronto
á Sevilla se traslada.
¿En qué vendrán á parar
estos embrollos?

Blasa. Muchacha,
¿estás loca? ¿Asi te pones
á charlar en esta sala,
espuesta á que la señora
te escuche?

Elena. La lleva larga.
Allá la dejo en el cuarto
del amo, desesperada,
Riñéndole á veces, otras
suplicando, y nada alcanza.
El señor está empeñado
en no recogerse, y clama
venga la muerte, y protesta
que si al instante no llaman
á sus hijos, y no logra
reconciliarlos, le mata
la afliccion.

Blasa.

Que los espere:

¿Quién á estas horas se encarga
de dar con ellos? El uno
está proscrito de casa
por orden de la señora,
y para siempre cerrada
tiene la puerta; el menor
se fue sin decir palabra,
al momento que llegamos
á Sevilla, y por la plaza
iba volando. Dios sabe
donde estará.

*Elena.*Cosa es clara,
en una casa de juego.*Blasa.*

Ten, Elena, juicio, y calla,
que estoy temblando; me temo
ser despedida mañana.
Ya sabes que está conmigo
la señora endemoniada:
ni aun quiere verme, despues
de haber servido en su casa
diez años.

Elena.

No tienen ley
los amos, es gente mala.
Mientras que nos necesitan
son blandos, y nos halagan;
pero si otra les ofrece
sus servicios, nos despachan.
Bien es verdad que lo mismo
nos portamos las criadas,
mudando cual de camisa:
amor con amor se paga.
usted sin embargo debe
sentirlo, que es buena papa
la mayordomia: apuesto
á que tiene usted ahorradas
algunas onzas.

Blasa.

Ni un cuarto.

Elena.

No lo creo, nó; ¡caramba!
si yo pudiera meter
la mano...

Blasa. ¿ En dónde, taimada?

Elena. En el gato.

Blasa. No, hija mia,
no la meterás, que araña.
Pero mi señor marido
tarda en volver: ¿qué cachaza!

Elena. ¿ En dónde está?

Blasa. Fue á llamar
á D. Lorenzo, le aguarda
El amo con impaciencia,
y le ha encargado que traiga
á su hija Isabel: veremos
Elena, en lo que esto para.

ESCENA II.

Dichas y DOÑA ENCARNACION.

D.^a Enc. ¿ Qué hacen ustedes aquí?
¿ Murmurando! ¿ Gente ingrata!
Váyase usted á su cuarto.

(A Blasa.)

Blasa. ¿ Qué harpia! Muere de rabia.

(Aparte y se va.)

D.^a Enc. ¿ No sabes del paradero
de Serafin?

Elena. No se nada.

D.^a Enc. Estoy inquieta, no puedo
sosegar: ¿ las nueve dadas,
y no venir, cuando sabe
que hay en el pueblo una plaga
de ladrones! ve corriendo
al balcon á estar de guardia,
hasta que venga.

Elena. ¿ Buen poste! *(Aparte.)*
Maldita sea su casta.

ESCENA III.

DOÑA ENCARNACION *sola.*

¡Jesus, Jesus! Estoy loca,
y no sé lo que me pasa.
¡Haberse frustado todos
mis designios y esperanzas!
¡No querer ya mi marido
testar, cerrarse á la banda
de este modo, y empeñarse
en que venga sin tardanza
Isabel? Ya desconfía
de mí. ¿Tuvieron tal magia
las palabras de Valerio
que han dado á su debil alma
impulso y vigor? Mas poco
durará esta llamarada.
Le abatirá el mal; no tiene
en sus designios constancia.
Yo triunfaré.

ESCENA IV.

*Dicha, DON LORENZO y su hija; esta se presentará
muy abatida.*

D. Lor. Celebramos
La bienvenida.

D.^a Enc. Mil gracias.

D. Lor. Si antes lo hubiese sabido,
viniera. ¿Y cuál es la causa
de llamarnos con tal prisa
D. Fernando? Yo pensaba
que se le hubiese agravado
el mal; pero tal desgracia
no ha habido, segun parece.

D.^a Enc. No señor, es una rara
aprension, una mania
que le affige, y le avasalla.

Quiere que esta señorita
hable con él...

D. Lor. ¿Está en casa

D. Valerio?

D.^a Enc. No señor:
tiene las puertas cerradas
por orden mia.

D. Lor. Bien hecho.

D.^a Enc. Yo procuraré mañana
obligarle á que se vuelva
á Cádiz.

D. Lor. Será acertada
resolucion.

D.^a Enc. Mi marido
viene: ; qué impaciencia!

ESCENA V.

Dichas y DON FERNANDO.

D.^a Enc. ¿Es tanta
tu inquietud, que no has podido
aguardar?

D. Fer. Todo me cansa:
huyen la paz y el reposo,
los hijos me desamparan:
;padre infeliz! Disimulen
ustedes estas amargas
quejas; y pues ya la muerte,
segun temo, está cercana,
mi espíritu vuela al menos
exento de graves faltas.
Quiero, Isabel, cerciorarme:
¿usted á Valerio amaba?

D. Lor. Y que le amase, ¿qué importa?
Ya de ese amor no se trata,
ni le ha aprobado su padre,
ni á su eleccion se dejaba.

D. Fer. Señor D. Lorenzo, en este
exámen tengamos calma.
Permita usted que su hija

diga la verdad , que salga libremente de su pecho cuanto oculta : es necesaria esta aclaracion , lo ruego con las mayores instancias á un amigo. Señorita , hable usted , no la retraiga el temor : el justo cielo y mi proteccion la amparan.

D.^a Isab. Si mi padre me permite contestar , y no se enfada , ingénuamente diré la verdad.

D. Lor. Está bien , habla.

D.^a Isab. Cuando vino á despedirse al partir para la Habana don Valerio , estando á solas , con decorosas palabras me espresó su amor , y el fin honesto que en él llevaba. No me pareció oportuna en aquellas circunstancias tal declaracion : sirviendo estaba al rey y á la patria , comprometido á marchar ; y si el servicio dejaba , de un retiro poco honroso yo hubiera sido la causa. Si al contrario en él seguia , y en Sevilla me dejaba , ¿cuál hubiera sido entonces mi inquietud ? En tan amarga alternativa , no quise acceder , aunque apreciaba á don Valerio , y sus prendas eran á mis ojos gratas. Me escusé. ¿Puede hacer mas una muger que es amada , y no escucha á su deseo , sino á la razon sensata ? Despues cuando don Valerio

lejos de Sevilla estaba,
 y su voz dar no podía
 aliento á mis esperanzas,
 mi padre, á quien desde niña
 obedecí como esclava,
 el enlace me propuso
 con don Serafín. Me hallaba
 muy tibia para aceptar
 tal propuesta inesperada:
 la verdad, me resistí,
 manifesté repugnancia,
 aunque con temor, pues siempre
 fui tímida y reservada.
 Insistió mi padre; dijo
 que empeñada su palabra
 tenía; que era esta union
 muy útil á las dos casas:
 hizome un elogio grande
 de don Serafín; me hablaba
 como de cosa resuelta,
 con el tono de quien manda.
 Cedí, no tuve valor
 para ser ingénuo y franca.
 Esta es mi culpa.

D. Lor.

¡Atrevida!

¿Culpa á la obediencia llamas?

D.^a Isab.

Culpa, sí señor, lo es grande,
 segun lo que por mí pasa,
 no decir con franco pecho
 esa union me desagrada;
 va á hacerme infeliz, no puedo
 contra mi gusto aceptarla.
 ¿Qué padre, si es hombre justo,
 si tiene buenas entrañas,
 querrá obligar á su hija
 á vivir desventurada
 para siempre? Padre mio,

(*Arrodillándose.*)

usted que tanto me amaba,
 no lo hiciera con su hija
 huérfana, sin que la valga

la proteccion de una madre
en su afliccion y desgracia.

D. Fern. ¡Infeliz! sus espresiones
el corazon me desgarran.

D.^a Enc. (*A don Fernando.*)
Te lo dije, que seria
esta conferencia infausta,
que iba á aumentarse con ella
tu dolor.

D. Fer. No insistas, calla.
Muera yo sin haber hecho
una injusticia, y el alma
podrá quieta presentarse
al sumo Juez que la aguarda.

ESCENA VI.

Dichos y ELENA.

Elena. Don Judas está, señora,
aguardando en la antesala,
y hablar á solas desea
con usted.

D. Fern. No hay en mi casa
secretos; dile que venga,
que salir no puede el ama.

(*Se va Elena.*)

D.^a Enc. ¿Y si alguna cosa tiene
que decirme reservada?

D. Fern. Nada importa; en ese caso
todos sabremos callarla.

D.^a Enc. Para mí es indiferente;
no tengo que ocultar nada.

ESCENA VII.

Dichos y DON JUDAS.

D. Fern. Venga usted, y con franqueza
díganos lo que traia.

(*A don Judas que entra haciendo afectadas cortesías.*)

- D. Jud.* A solas hablar queria
por pura delicadeza.
Como usted no se halla bueno,
y el mensage fatal es...
- D. Fern.* Para cualquiera revés
me encuentra usted muy sereno.
- D.^a Enc.* (*Sobresaltada.*)
Pronto, sepamos que ha habido;
nuestra inquietud tenga fin:
¿con mi amado Serafin
algun desman ha ocurrido?
- D. Jud.* No es cosa de gran momento;
mocedades, travesuras
de gentes poco maduras
y ligeras como el viento.
En casa de una muger,
que por señora pasaba,
gran concurso se juntaba
al tiempo de anochecer.
Alli en ilícito juego
grandes sumas se perdian,
que por mágia enriquecian
al tahir llamado griego.
De uno y otro sexo alli
unida la juventud,
iban muchos sin salud,
y sin un maravedí.
Gastábase por azumbres
el ardoroso Jerez,
y con el trato soez
se estragaban las costumbres.
Por desgracia el señorito,
queriéndose divertir,
dió tambien en asistir
á tan infame garito.
La policía sagaz,
que de ello noticia tuvo,
lista y vigilante anduvo,
y su celo fue eficaz.
Los esbirros penetraron
en la casa de repente,

(61)

y sobre el oro y la gente
con largas uñas se echaron.
Allí arrestados estan
los jugadores temblando,
las órdenes esperando,
que muy gratas no serán.
Supe esta triste ocurrencia
por casualidad, y vine
para que usted determine

(*A doña Encarnacion.*)

con su buen juicio y prudencia.

D.^a Enc. Algun bribon ha engañado
á Serafin: no es posible
con sus buenos sentimientos,
que en un garito se envicie.
¡Hijo mio! ¡Tú en las garras
de inhumanos alguaciles!
Es preciso rescatarle,
antes que aquellos caribes
en una cárcel le encierren,
donde la peste respire.
A casa del comisario
voy ahora mismo, á pedirle
que no dé cuenta, y me entregue
al jóven incauto libre.
Don Lorenzo, ruego á usted
por la relacion que existe
entre nosotros, se sirva
acompañarme.

D. Lor. Imposible
me parece, que lleguemos
á tiempo.

D.^a Enc. Corro á vestirme.

ESCENA VIII.

Dichos, menos DOÑA ENCARNACION.

D. Lor. ¡Qué lance!

D. Jud. La policia,
que de socaliñas vive,

los molestará bastante
 y usará de mil ardides,
 para sacar el redaño
 á los pobretes que gimen.
 ¡Qué diablos de policia!
 ¿Para qué en España sirve
 cuando en las reales audiencias
 tenemos salas del crimen?
 Un juez con un escribano
 y dos ó tres ministriles,
 bastaban para tener
 á raya cien matachines,
 y un diluvio de tunantes
 que con sus garras sutiles
 escudriñando las bolsas,
 á costa del pueblo viven.
 Si algo no tienen ustedes,
 señores, que prevenirme,
 me voy.

D. Fern. Aguárdese usted,
 porque tengo que decirle.

D. Jud. En servir á usted con celo
 mi mayor honra consiste.
 Querrá pagarme: no debo (*Ap.*)
 á esta oferta resistirme.

ESCENA IX.

Dichos y DOÑA ENCARNACION de mantilla.

D.^a Enc. Ya estoy lista, don Lorenzo
 vamos corriendo; usted cuide

(*A Isabel.*)

señorita, de mi esposo.

Isabel. Segun el deber lo exige,
 con la voluntad mas fina:
 usted señora, descuide.

ESCENA X.

DONA ISABEL. D. FERNANDO y D. JUDAS.

D. Fern. (*A don Judas.*)

Usted hizo un testamento.

D. Jud. Sí señor, cierto que le hice,
y usted ya sabrá el motivo
porque está sin concluirse.

D. Fern. Lo sé: vaya usted por él
si lejos de aquí no vive.

D. Jud. Aunque viviese en Triana,
allá fuera por servirle;
ademas que no está lejos
mi casa: todo el busilis
consiste en querer: quien tiene
voluntad al punto sirve.

D. Fern. Mil gracias.

D. Jud. (*Aparte.*) El aguijon
mas fuerte son los monises.

ESCENA XI.

DONA ISABEL y DON FERNANDO.

D. Fern. Ya solos hemos quedado
Isabel: está usted triste;
no lo estraño: ¡desdichada!
la acosan á usted, la oprimen.
Mas, ¡ánimo! que en mí tiene
un padre, un apoyo firme.

Isabel. ¡Ah señor! ¡con qué espresiones
descubrirá esta infelice
su gratitud? De un abismo
en que iba mísera á hundirme,
usted me aparta, y piadoso
de esclavitud me redime.

D. Fern. Libre es usted: ahora elija,
como ha debido elegirle
á gusto suyo, un esposo.

Si es Valerio á quien distingue con su preferencia, al punto le llamaré.

Isabel. Usted se aflige.

D. Fern. No es de estrañar, se ha apartado de nosotros; ya no vive con sus padres; la discordia de los hermanos terrible, causó esta separacion dolorosa: esfuezos hice para que el mayor quedara; pero mi esposa... no quise irritarla... prescindamos de esto ya. ¿Usted se decide por Valerio?

Isabel. Sí señor.

D. Fern. Él, que es honrado y no finge, declaró su amor ardiente: serán ustedes felices.

ESCENA XII.

Dichos y BLASA.

Blasa. Señor, usted disimule que me atreva á interrumpirle su hijo de usted don Valerio...

D. Fern. ¿Qué quiere? ¿Le has visto? dime:

Blasa. Allá fuera está esperando: si usted entrar le permite...

D. Fern. Al momento, di que venga.

Blasa. ¡Qué gozo el pecho recibe! Dios bendiga á usted. (*Se vá.*)

D. Fern. ¡Con cuánto celo esta muger me sirve!

Isabel. Lo sé muy bien; por Valerio officiosa se desvive: por él á perder se espuso su colocacion.

D. Fern. No insiste sobre este punto mi esposa, porque me encontró inflexible.

ESCENA XIII.

Dichos y DON VALERIO.

D. Fern. ¡Valerio!

D. Val. ¡Querido padre!

D. Fern. Mis brazos, hijo, recibe,
y el corazón.

D. Val. Con el mío
siempre estrechado respire.
A veces la Providencia,
que nuestros destinos rige,
facilita al desdichado
lo que este juzga imposible.
En soledad dolorosa,
como cautivo que gime,
pensaba, Isabel, las horas
pasar de una noche triste;
mas tuve aviso, y volando
á ver á mi padre vine,
y á usted que cual ángel puro
de guarda á su lado asiste.

D. Fern. Cual ángel consolador,
muy bien, Valerio, dijiste;
pues con su vista se calman
los pesares que me afligen.
Ya estará siempre conmigo,
ya puedes con ella unirte.

D. Val. ¿Será verdad? ¿Tanta dicha
plugo al cielo prevenirme,
después de haberme probado
con tal dolor? ¿Es posible,
Isabel, que de esa mano
poseedor pueda decirme,
cuando tan ansiado logro
me pareció mas difícil?

Isabel. Sí, don Valerio, usted puede
llamarse tal: hoy consiguen
nuestras almas la ventura
y el descanso bonancible,

que tras borrasca espantosa
viene sereno cual iris.
Con gratitud bendigamos
una y mil veces y miles,
á un padre tan amoroso
por quien nuestro amor revive.
Apoyada en él no temo
contradicciones ni ardides.
¿Quién de un mediador tan justo
á la voz santa resiste?

D. Fern. (Abrazándolos.)

¡Hijos! El cielo derrame
sobre esta union apacible
sus favores. La virtud
que al veros dulce sonrie,
con vosotros enlazada
se muestre cuando yo expire.
Fuí debil: ¡triste del hombre
á quien los males oprimen!
su espíritu acongojado
ni el bien á veces distingue,
ni la verdad. Por fortuna
no siempre el cielo permite
que triunfe el error: piadoso
hoy me guía, y os bendice.

ESCENA XIV.

Dichos y DON JUDAS.

D. Jud. (A don Fernando.)

Aqui traigo los papeles
que usted pidió... ¿Mas que miro?

(Viendo á don Valerio.)

D. Val. Acérquese usted, don Judas,
que ya no soy enemigo,
y descargadas estan
las pistolas.

D. Jud.

Señorito,
¡cuánto me alegro de verle
tan gozoso, tan distinto

ESCENA XV.

Dichos, DOÑA ENCARNACION, D. LORENZO y D. SERAFIN.

D.^a Enc. (*A don Serafin al entrar.*)

Corre á abrazar á tu padre:
¿mas qué es esto? Allí distingo
á Valerio.

D. Seraf. ¿Qué maldad!

no hay duda, nos han vendido.

D. Lor. Yo voy, señora, á acercarme,
y cortaré por lo vivo.

(*Acércase á Isabel.*)

Sígueme, Isabel, y vamos
á casa... ¿No lo has oido?
¿Resistes? Pues á la fuerza...

D. Val. Eso no: decida el juicio,
Don Lorenzo: con rendida
atencion á usted suplico
que se calme, y las razones
oiga...

D. Lor. ¿Razones? Delirios.

Nada escucho.

D. Fern. Don Lorenzo,

ese punto suspendido
por ahora quede, pues antes
leerá el señor lo que ha escrito.
Secretario, empiece usted.

D. Jud. Silencio y atencion pido.

Cláusula primera relativa al nombramiento de sucesor en el mayorazgo.

Usando de la facultad concedida por el fundador de este mayorazgo, para que el poseedor del mismo pueda elegir por sucesor al hijo, ó en defecto de estos, al pariente que mejor le parezca; nombro á mi hijo Valerio y á sus descendientes para que posean y gocen perpetuamente este mayorazgo, y á falta de ellos á mi segundo hijo Serafin y sus descendientes.

Cláusula segunda de mejora. Usando de la facultad que me conceden las leyes de estos reinos, mejoro en el tercio y quinto de mis bienes libres al espresado mi hijo don Serafin, con la condicion precisa de que inmediatamente se dedique á la carrera ó profesion que fuere mas de su gusto; en la inteligencia, de que no haciéndolo asi, se ha de entender revocada esta mejora.

D. Fern. (*Acercándose á don Lorenzo.*)

Isabel es de Valerio;
no hay remedio, amigo mio:
mas vale casarla bien
con un valiente marino,
que con un jóven incauto,
frecuentador de garitos.

D. Lor. Es verdad; mas don Valerio tiene un caracter altivo.

D. Fern. Usted se engaña, es ingenuo, no adulator fementido.

D.^a Enc. ¿Y asi á tu esposa desairas, despues de tanto cariño, del esmero y la constancia con que en el mal te ha asistido?

D. Fern. Esposa, no te alucines, que yo siempre soy el mismo. ¿Quisieras que se premiasen la disolucion y el vicio? ¿No estás viendo claramente cual de los dos es mas digno?

D. Seraf. (*Con desentono.*)

¿Pues qué! soy yo por ventura algun malbechor? ¿Los hijos de la principal nobleza no van al juego? Está visto, aqui no se hace justicia, no hay mas que puros caprichos. Va uno á casarse, y le quitan su novia con artificios y un mayorazgo, y que rabie. ¿Esto es ser equitativos? Y ademas de eso me mandan

aprender ahora un oficio...
 ¿No es esto para aburrirse,
 para colgarse de un pino
 y... pero, madre,... no quiero
 estar aquí: me han perdido.

(*Se va precipitadamente.*)

D.^a Enc. ¡Hijo de mi amor! No puedo
 vencer mi pasión; te sigo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos menos DOÑA ENCARNACION *y* DON SERAFIN.

D. Fern. ¡Triste de mí! no conoce
 su sinrazon.

D. Lor. Pues el niño
 es alhaja, se conoce
 que está bien arrepentido.
 Don Valerio, ya soy otro:
 venga esa mano de amigos.
 Es tu esposo. (*A Isabel.*)

Isabel. Amado padre,
 exija usted sacrificios
 de mí.

D. Lor. Nada: que me quieras.

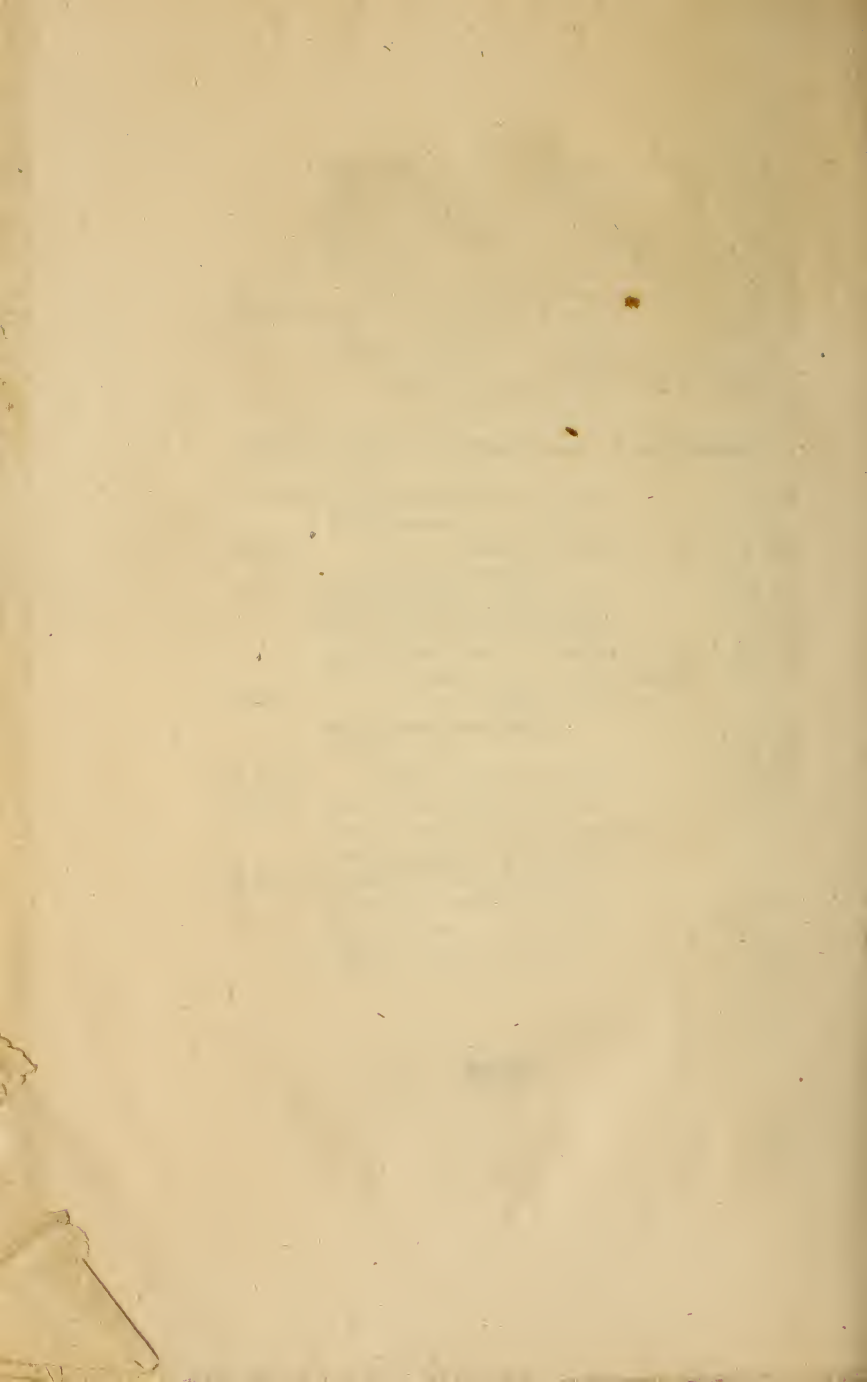
Isabel. Con el mas tierno cariño.

D. Val. Y en él tendrá tambien parte
 vuestro yerno agradecido.

D. Fern. Vamos á ver si podemos
 con ruegos encarecidos
 templar á una ciega madre,
 víctima de su capricho.







Se halla en Madrid en las librerías de Escamilla, calle de Carretas, en la de Cuesta, frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes :

Habana.....	Urban Ramos.
Cadiz.....	Hortal y compañía.
Barcelona.....	Piferrer.
Valladolid.....	Rodriguez.
Zaragoza.....	Yagüe.
Granada.....	Sanz.
Valencia.....	Mallen.
Coruña.....	Perez.
Burgos.....	Arnaiz.
Vitoria.....	Hormilugue.
Santander.....	Martinez.
Santiago.. ..	Rey Romero.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Oviedo.....	Longoria.
Salamanca.....	Moran.
Málaga.....	Carrera.
Murcia.....	Benedicto.
Pamplona.....	Suarez.
Córdoba.....	Berard.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo y sobrinos.
Alcoy.....	Cabrera.
Jerez.....	Bueno.
Palencia.....	Pastor.

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 949 A